

## Los orígenes de la primera guerra carlista en Fortanete

Pedro Rújula López. Universidad de Zaragoza

La historia de la primera guerra carlista está íntimamente ligada a las montañas del Maestrazgo. Allí lejos de las principales ciudades del país, sin objetivos estratégicos en su entorno y marginal a las principales vías de comunicación se estableció uno de los principales focos de resistencia a las autoridades liberales, sólo comparable con el que surgió en el País Vasco.

El motivo inmediato del conflicto parecía ser la pugna ente los aspirantes a ocupar el trono de España: Isabel II, hija de Fernando VII y Carlos V, el hermano de éste. Sin embargo, hoy son muy pocos los que siguen defendiendo que la disputa se encuentre en el origen profundo del conflicto.

Lo que se estaba dirimiendo era algo de mucha mayor magnitud. En la primera guerra carlista entraron en lucha dos modelos de Estado, dos modelos de sociedad, y dos modelos de economía. O lo que es lo mismo, que la defensa de Isabel II suponía luchar por un régimen constitucional, una sociedad de clases y una economía liberal, mientras que hacerlo al lado de don Carlos suponía combatir por un rey absoluto, por la supervivencia de los privilegios estamentales y por una economía de base feudal.

Por otro lado, ni siquiera era éste el primer conflicto en el que se enfrentaban ambos contendientes. No puede olvidarse que la propia guerra de la Independencia ya había enfrentado a un ejército revolucionario, el francés, contra otro, el español, donde existían componentes refractarios que sólo perseguían la reposición de Fernando VII como monarca absoluto. Tampoco puede quedar en la sombra el enfrentamiento civil que se produjo durante el Trienio Liberal (1820-1823) en el que los gobernantes liberales debieron hacer frente a un proceso insurreccional protagonizado por partidas absolutistas que se extendieron por buena parte del país.

Por eso, cuando en los primeros días de octubre, recién fallecido el monarca, se lanza la consigna del levantamiento para hacerse con el poder a favor de Carlos V, la sociedad española no inicia un conflicto, sino que reedita un enfrentamiento que venía preparándose desde el comienzo del siglo: el ocasionado por el choque ente el proyecto revolucionario liberal y las resistencias contrarrevolucionarias.

Fortanete no quedó al margen de esa guerra civil que se iniciaba. De hecho ya se vio involucrado en el primer hecho de armas de importancia que se produjo en Aragón y Valencia. Fue la acción protagonizada por el Barón de Hervés, que valiéndose de sus contactos en la zona, consiguió apoderarse de Morella el 12 de noviembre de 1833. Desde Fortanete se mantuvo informado al Gobernador de Alcañiz de lo que sucedía en la zona mientras permanecieron ocupando la ciudad hasta el 7 de diciembre. Después, cuando debieron abandonarla, salieron hacia el Bajo Aragón donde fueron derrotados por completo en la batalla de Calanda. Los restos de esta fuerza derrotada volvieron dispersos al Maestrazgo y fueron perseguidos desde Fortanete por iniciativa del Alcalde.

El Alcalde de Fortanete se hallaba en una posición muy delicada. Había manifestado desde el primer momento su apoyo al gobierno de Madrid y la adhesión a la Reina regente María Cristina. Lo había hecho muy activamente contraviniendo las órdenes carlistas y enviando información sobre el movimiento de tropas, e incluso persiguiendo y capturando rebeldes que vagaban dispersos por la zona. Esto suponía significarse políticamente del lado de los liberales que muy pocas posibilidades tenían de protegerle con las columnas del ejército en su pueblo. Podrían, eso es cierto, llegar cuando fueran llamadas, pero, entretanto, las montañas eran de las partidas carlistas. Conscientes del valor y la adhesión al gobierno manifestada por el Alcalde

de Fortanete –poco habitual en los pueblos del contorno- las autoridades solicitaban el reconocimiento:

*"El Capitán General de Aragón da parte al gobierno de Su Majestad de que el brigadier Sureda le participa desde Cantavieja que la facción del barón de Hervés batida en Calanda, estaba totalmente destruida, pues habiendo tenido un altercado entre aragoneses y valencianos, se dispersaron éstos hacia su país, como consta del parte del Alcalde de Fortanete, cuya conducta recomienda, preparándose a seguir su destrucción. Que eran muchos los que imploraban el indulto, y entre ellos algunos curas y frailes. Que los pueblos se presentaban en mejor sentido, desde que han visto la destrucción de aquéllos, y que por lo tanto consideraba que era suficiente fuerza el provincial de Ciudad Real, con cien carabineros, la que había dispuesto se quedase en el partido de Alcañiz y, que disponía la reunión de todas las fuerzas posibles, para hacer frente a los rebeldes de Navarra, si se aproximasen a su distrito".*

El compromiso del Alcalde, convenientemente secundado por el pasante de escribano, puede comprobarse en uno de los partes que daba sobre la evolución de los hombres dispersos tras la derrota de Calanda.

*No cesaron ayer de pasar por esta villa [villa de Fortanete] grandes grupos de valencianos armados, -con dirección a su casa según decían, y por ser fuerzas tan considerables no verifiqué su desarme que tenía intentado con el auxilio de varios jóvenes decididos, aleccionados por su valiente pasante de escribano. Ningún exceso cometieron, ni pidieron cosa alguna. Un grupo de 250 facciosos se dirigió a Linares, límite al reino de Valencia. Por la tarde se presentaron 8 hombres pidiendo alojamiento y raciones, y se las negué si no entregaban las armas, y aunque se resistieron a hacerlo, cedieron al valor de dicho pasante, entregando sus armas y fornituras, y en seguida les liberé su pasaporte para sus domicilios, viéndose muy contentos y desengañados de su seducción. Todos correspondían a la facción de Hervés en la clase de soldados, y derrotados en Calanda por las tropas de S.M. El barón, Carnicer y otros, la mayor parte de graduación, componentes 90 hombres, entró ayer tarde en Villarroya de los Pinares, cuatro horas de aquí. Recomiendo a V.E. los continuos servicios que presta el pasante de escribano don Antonio Martín, en razón de la sucesión directa de nuestra Soberana doña Isabel II, pues no cesa un momento en auxiliarme y animarme".*

Sin embargo, la derrota del barón de Hervés en Calanda no era el final de una escaramuza sin trascendencia, como pudo parecerles a los contemporáneos, sino la primera chispa de una larga guerra civil que iba a pasar a los libros de texto como la de los Siete Años. Y no era vano presagio de la primera guerra carlista, que se deslizaba casi sin dejarse notar hacia etapas de mayor violencia, el hecho de que en febrero de 1834 pasara la noche cerca de Fortanete el que sería gran general carlista, y por entonces un simple jefe de partida, Ramón Cabrera al mando de algunos catalanes.

Un mes más tarde, en marzo, se habían reunido varias partidas –la de Montañés y Cabrera- bajo el mando del brigadier Carnicer y sumaban 200 hombres y pasaron por la Rambla a la Loma con algunos prisioneros camino de Camarillas. A finales de abril, volvía Carnicer por las inmediaciones de Fortanete, buscando en sus masadas respiro a la persecución que le tenía sometido la columna del ejército, obligándole a "*continuas marchas de día y noche, por medio de montes y barrancos*".

El apoyo que prestaba Fortanete a las tropas del gobierno que actuaban en la zona se puso de manifiesto a finales de mayo. De esta población salió el coronel comandante general de operaciones del Bajo Aragón, Agustín Noguerras – el más célebre antagonista de Cabrera en el Maestrazgo hasta la llegada de Espartero-, en persecución de Carnicer y lo alcanzó el día 30 en los mases de Valjunquera, batiéndolo y dispersando sus tropas.

De momento, Fortanete se había defendido de las partidas carlistas y había mantenido su fidelidad a la Reina con una ejemplaridad que no era habitual en muchos de los pueblos de la

zona. No obstante la actividad insurreccional iba en aumento constante. Cuando finalizaron las labores de recogida de las cosechas y la demanda de mano de obra en el campo comenzó a escasear, la afluencia de hombres, principalmente jóvenes, a las partidas carlistas se multiplicó. La avalancha carlista fue entonces difícil de contener en los aislados pueblos del Maestrazgo. El primer día del mes de agosto, Carnicer se presentó en Fortanete con 300 hombres, de los cuales 20 iban a caballo. Al interior del pueblo sólo entraron 50 de ellos al mando de Cabrera para extraer mil raciones de pan, 17 @ de aguardiente, 40 cántaros de vino, 12 carneros, 4 @ de judías, 4 t arroz y 3 de aceite. En cuanto las hubieron cargado salieron para la masada de la Rocha donde hicieron alto.

No terminaría el mes sin que las calles de Fortanete registraran la presencia de la guerra en forma de hombres armados. El 26 de agosto llegaban las tropas de la Reina al mando del capitán Castro, comandante de la columna móvil de Teruel. Salieron a la madrugada del día siguiente. Y esa misma mañana, a las ocho y media, entraban los carlistas. Era una partida de 13 hombres mandados por un asistente de Carnicer que pidió 100 raciones y 200 duros. Las raciones se las entregaron, pero se negaron a dar los 200 duros. Como reacción los carlistas ya se llevaban al Alcalde en calidad de rehén cuando regresó el capitán Castro obligando a los carlistas a huir dejando atrás autoridad y raciones para alejarse más ligeros.

Pero la protección de los pueblos por el ejército nunca era permanente, ya que no había recursos para establecer una guarnición de soldados en cada uno de ellos y el sistema de columnas apenas era eficaz contra pequeños grupos de hombres armados. Por lo tanto las partidas jugaban con una gran ventaja a la hora de elegir el momento de atacar. Así, sólo tres días más tarde, el 29 volvieron sobre Fortanete. Era una partida de 90 carlistas de infantería mandados por un jefe al que llamaban Domingo –seguramente Domingo Forcadell, uno de los jefes carlistas más conocidos en el Maestrazgo, originario de Ulldecona-. Esta vez pidieron "entre amenazas de muerte" 300 raciones de pan, vino y carne, 600 reales y todo lo que había cobrado el ayuntamiento de contribuciones. Abandonaron el pueblo con 180 raciones y 4.000 reales de vellón en dirección a Linares y, tras ellos, iba una columna formada por 88 milicianos urbanos de Cortes y Villahermosa.

No se volvería a detectar presencia carlista hasta dos meses más tarde. Fue una porción de hombres de Forcadell, cuyo grueso estaba en Mosqueruela, mandada por Vicente N. En esta ocasión pidieron 300 raciones y 5.000 reales. Como el alcalde se declaró incapaz de hacer efectiva tal cantidad de dinero se lo llevaron preso hasta la masía de Mariano Cañada, junto con el escribano y un pudiente. Los rehenes no fueron liberados hasta que fueron entregados 3.020 reales. Antes de que pasara una semana Forcadell volvió a entrar en Fortanete con 230 hombres y 12 caballos para llevarse esta vez 300 raciones, 87 pares de alpargatas y 2 onzas de oro, además de un pudiente.

La actividad concentrada por Forcadell sobre Fortanete supuso un duro golpe contra la moral de los habitantes. El alcalde, cuya actitud del lado del gobierno establecido y en contra de los insurrectos carlistas había sido inequívoca, ponía de manifiesto al Gobernador del Bajo Aragón que *"aunque el espíritu de sus habitantes es bastante pacífico se halla en notable decadencia y desconfianza a causa de hallarse continuamente invadida la villa por las facciones exigiendo sumas considerables, sin embargo de existir en las inmediaciones columnas respetables de tropa a cuyos jefes se les dirigieron los correspondientes partes y que sin ningún fruto conseguido ha producido dicha decadencia y desconfianza"*. Eran los primeros síntomas de que el levantamiento, que había sido considerado inicialmente como ocasional y protagonizado por pequeñas partidas en las tierras altas, se iba convirtiendo en una guerra, una guerra civil carlista que haría del Maestrazgo su lugar predilecto en esta parte de la península.

No podemos dejar de entender la decepción que debió sentir el alcalde de Fortanete que escribía estas líneas cuando quince días después vio como se acercaba a la localidad una fuerza de 1.500 hombres capitaneada por el jefe carlista del Bajo Aragón, Joaquín Carnicer. O cuando una semana más tarde, el 25 de noviembre volvió a pasar este jefe, extramuros de la



---

población, con 200 infantes y 30 caballos haciendo alto en la masada de la Rocha que se encuentra a media legua de allí.

Lo que hacía la situación más angustiosa es que, a estas alturas, sólo había transcurrido el primer año de conflicto. Habían sido testigos de la falta de eficacia, cuando no de la desidia, de las columnas del ejército que debían proteger los pueblos y también habían podido constatar la dificultad de los vecinos para defenderse de los carlistas por sus propios medios. Además, aquéllos que capitaneaban la defensa contra los carlistas, se convertían en víctimas predilectas de aquéllos cuando podían entrar en los pueblos, poniendo, por lo tanto, en grave riesgo su patrimonio, cuando no su vida. El primer año también había demostrado que las montañas ofrecían un lugar muy favorable para la lucha de las partidas emprendida por los carlistas y que esto comenzaba a apreciarse también en el número creciente de efectivos que componían estas unidades rebeldes. Vistas así las cosas, ¿quién podía contar con resistir a los carlistas los seis años que todavía restaban de guerra sin la ayuda eficaz del gobierno?